



Mi chica

M^a Ángeles Almacellas
Escuela de Pensamiento y Creatividad

Título original: My Girl

Dirección: Howard Zieff

País: EE.UU.

Año: 1991

Duración: 90 min.

Interpretación: Macaulay Culkin, Dan Aykroyd, Jamie Lee Curtis, Anna Chlumsky, Richard Masur, Griffin Dunne, Ann Nelson

Guión: Laurice Elehwany

Productora: Columbia Pictures presenta una producción Brian Grazer / Imagine Films Entertainment.

Música: James Newton Howard

Fotografía: Paul Elliott

Destinatarios: Preadolescentes, a partir de 10-11 años

Contenido formativo

- La pubertad es una época crucial para la educación de la afectividad
- Un primer enamoramiento, aparentemente inocuo o hasta absurdo, puede hacer sufrir mucho al adolescente
- Los grandes temas del hombre, como la vida y la muerte, el amor y la amistad deben ser tratados de modo adecuado a la edad del niño, pero con rigor y profundidad

Sinopsis

Vada es una niña de 11 años, traviesa y vivaracha, que vive con su padre Harry Sultenfuss, propietario de la funeraria del pueblo. La pequeña perdió a su madre al nacer, y su abuela, que la cuidó en la infancia, lleva ya tiempo demenciada.

Las vacaciones de ese verano de 1972 van a ser definitivas para la maduración personal de Vada. Su vida se ve alterada por la llegada de Shelly De Voto, una atractiva maquilladora que empieza a trabajar con Harry en el tanatorio. Cuando Vada descubre que su padre y Shelly están enamorados y piensan casarse en breve, se siente primero desconcertada y luego invadida por unos terribles celos. A su vez, también ella se enamora por primera vez, sin por ello abandonar sus juegos de niña; entra en la pubertad, empieza a sentirse mujer, intuye que puede resultar atractiva, y experimenta una viva curiosidad por las relaciones de pareja. Finalmente, sufre el golpe que supuso la terrible muerte de su mejor amigo.

Experiencias humanas profundas

La pubertad es una época crucial para la educación de la afectividad

Entre los 10 y los 12 años, el niño entra en la edad en que paulatinamente empieza a abandonar la infancia y entrar en la adolescencia. En esta etapa, experimenta el cambio fisiológico más intenso que realiza el ser humano a lo largo de su vida. La adolescencia es un período de rápida maduración; va acompañado de profundas transformaciones en el desarrollo corporal, intelectual y afectivo. En el cuerpo del niño se produce un incremento en la producción de las hormonas elaboradas por las glándulas endocrinas, y estas alteraciones de tipo hormonal influyen en sus estados emocionales y explican algunos de los comportamientos típicos de esa época: grandes cambios de ánimo y de criterio, cansancio o hiperactividad, inestabilidad emocional, sentimientos de incompreensión, curiosidad sexual, irritabilidad, rebeldía... Los cambios corporales son tan repentinos y notables que él mismo se siente “extraño” con su nuevo aspecto, hasta tal punto que, incluso, tiene miedo de no ser aceptado. Vive los pequeños fracasos o contratiempos de forma exagerada, porque todavía carece de la capacidad de valorar los hechos con ecuanimidad y ponderación.

Las niñas maduran antes que los varones en el plano sentimental, y, a esa edad, empiezan a sentirse atraídas por los chicos y surge el primer enamoramiento, que suele ser pura imaginación, como le sucede a Vada con el profesor de Literatura. Los chicos, como Thomas, son más infantiles y, aunque también empiezan a sentir atracción por las chicas e, incluso, a enamorarse, son mucho menos soñadores.

La familia de Vada es un tanto peculiar –la abuela demenciada, el padre viudo y solitario, el tío con secuelas de la guerra, la funeraria en la casa...–, pero lo más significativo es que falta la cohesión de una madre, cuya ausencia acusa enormemente la pequeña Vada. Harry quiere mucho a su hija y, a su modo, se ocupa de ella, aunque le falta tacto y la cercanía que ella necesitaría para poder ayudarla a

orientarse en una edad tan difícil. Vada hace lo imposible por llamar la atención de su padre, pero él no entiende el mensaje, vive en su mundo de adulto y ve a su hija como una niña pequeña sin problemas y con todas las necesidades cubiertas. Vada tiene la experiencia de un amor sin detalles ni delicadezas, y actúa de igual modo. El mismo trato que ella recibe y percibe en su casa es el que va a dispensar a Thomas: lo quiere con toda su alma y lo defiende cuando llega la ocasión (“Déjalo en paz”, le dice amenazadoramente a un compañero que se ríe de él), pero no le manifiesta su agrado ni su afecto (“¿Me consideras capaz de besar algo tan feo?” dice refiriéndose a él, en respuesta a las bromas de unas compañeras de colegio).

Thomas, por el contrario, vive en el seno de una familia estructurada, con unos padres cariñosos y pendientes de él. Su madre no es rígida, sino muy tierna y afectuosa con su hijo, pero le ha impuesto límites muy claros respecto a horarios y a salidas y entradas de casa. En su hogar se respira amor, orden y bienestar. Thomas tiene la experiencia de un amor delicado y atento, y actúa a su vez, del mismo modo con Vada, a la que quiere sinceramente y procura cuidar y proteger con discreción, como sus padres hacen con él, sin agobiarla. En un momento dado devuelven al agua un pez que habían pescado. El niño ve perfectamente que flota muerto, pero le asegura a Vada que sobrevivirá para evitarle un pequeño disgusto. Y cada vez que ella le cuenta mil enfermedades y quiere ir al médico, él la escucha con interés y la acompaña complaciente a la consulta, a sabiendas de que está perfectamente sana.

Vada está viviendo un período de inestabilidad emocional natural. Por una parte, sigue siendo una niña traviesa que se divierte jugando con su amigo Thomas, pero, por otra, está empezando a sentir las primeras emociones del enamoramiento – sueña en secreto con su profesor de Literatura– y a tener curiosidad por el otro sexo. En una etapa de la vida tan difícil como es la adolescencia, Vada no tiene a nadie a su lado que la oriente. Está desconcertada por los cambios que está sufriendo y busca a tientas su propia identidad. El padre no comprende las incertidumbres de su hija y se queda sólo en la apariencia de inconstancia y volubilidad que manifiesta (“El mes pasado querías tocar el violín y querías ser ventrílocua...”).

Sin duda, el adolescente necesita firmeza y que se le exija responsabilidad frente a las iniciativas y decisiones que tome, para evitar que se convierta en un caprichoso. Si quiere aprender a tocar el violín y empieza unas clases, debemos pedirle que las tome en serio y no las abandone de inmediato para dedicarse a otra cosa. Pero esta exigencia no sólo no es óbice para comprender su inestabilidad afectiva, sino que forma parte ineludible de un acompañamiento cercano y colaborador en su búsqueda de identidad personal. “Entender” (del latín *intendere*, ‘tender a’) a un adolescente es interesarse por él con sumo respeto por su realidad; “comprenderlo” (del latín *comprehendere*, ‘rodear’, ‘abrazar’) es comprometerse con él a encontrar el camino justo para su desarrollo personal. Esta participación comprometida en su crecimiento debe ser respetuosa y discreta, pero no permisiva. El educador ha de

ponerse en lugar del joven para conectar bien con su situación y poder darle, así, seguridad y confianza. Pero, para que esa cercanía sea eficaz y provechosa, debe implicar firmeza en las exigencias, flexibilidad para dialogar, ideas muy claras y bien fundamentadas para orientarlo debidamente.

En la adolescencia, los amigos adquieren tanta importancia como la misma familia. Para Thomas, la amistad de Vada es valiosísima (“Es mi mejor amiga”, le explica a la enfermera), pero es totalmente compatible con su vida de hogar lleno de cariño. Sin embargo, para Vada, que se siente afectivamente sola en su casa, el respeto y el cariño de Thomas por sus padres es vivido como una pequeña traición a su amistad. Por eso no tiene escrúpulos en intentar manipularlo y utilizarlo para su propio provecho aunque a él le pueda causar problemas, como cuando le insiste en que incumpla la prohibición de sus padres de salir de noche para que la acompañe al Bingo a ver a Harry y Shelly.

En la pubertad se despierta el interés por las personas del otro sexo

Thomas parece más infantil que Vada respecto al interés por el otro sexo y, como es lógico en un varón, mucho menos soñador. Al principio del verano no ve todavía en Vada a la mujer, y sus primeras coqueterías le dejan indiferente aunque perplejo. “¿Qué te pasa en la cara?”, le pregunta sorprendido cuando la ve maquillada y con aires de mujer fatal. Poco a poco se va despertando en él la atracción por Vada, un inicio de tenue enamoramiento, hasta el punto de que se atreve a preguntarle, tímidamente, si lo aceptaría a él en caso de que no llegara a funcionar su relación con el profesor de Literatura.

Vada echa de menos la figura de un adulto que pudiera comprender sus problemas, inquietudes y sentimientos de adolescente. Idealiza a la persona del profesor de Literatura y se enamora de él. En realidad, este primer sentimiento no nace de una relación entre ellos, del hechizo que brota de la persona que “enamora”; es, más bien, el bullir autónomo de su despertar a la afectividad. Vada se enamora del amor, que encarna inconscientemente en el profesor de literatura porque proyecta en él la figura del padre cercano y comprensivo que echa de menos.

Este confuso sentimiento incipiente hubiera necesitado de un adulto que lo clarificara y situara en el debido lugar. Pero Vada está sola, sin nadie maduro a quien hacer la confidencia, y, dentro de ella, se le agolpan de forma caótica tensiones, exaltación y emociones. Su confusión es tal que llega incluso a quitarle dinero a Sherry para poder pagarse un Curso de verano que le permita estar junto a su “amado”. Ella había sido incapaz de apropiarse del dinero ajeno, pero esas primeras sensaciones del enamoramiento le resultan tan conmovedoras que la llegan a desequilibrar hasta el punto de que los principios hasta entonces seguros se tambalean. Siente celos de cualquier mujer que esté cerca del profesor, y esto la desazona. Pero su

enamoramiento le da energía para afrontar retos que desbordan sus posibilidades, Así, se codea con adultos en el Curso al que asiste y escribe poemas como ellos.

Se ha despertado en ella una gran curiosidad por las relaciones de pareja. “¿Por qué se casan los mayores?”, le pregunta a Thomas, quien responde con indiferencia: “Porque hay que hacerlo”. Tiene ganas de experimentar las sensaciones del amor, pero no sabe bien cómo, no es capaz de profundizar, no alcanza a entender que la atracción y el enamoramiento son sólo el principio, el primer impulso para crear un encuentro amoroso entre un hombre y una mujer. La curiosidad de Vada se limita a los gestos, que no entiende como medios para expresar la donación personal, sino como un fin en sí mismos. La primera noticia que recibe de la entrega íntima de un varón y una mujer la horroriza sobremanera, a pesar de que Sherry se lo explica con delicadeza. Pero poco después decide hacer con su amigo la experiencia de un gesto tan sencillo como besarse.

Ambos niños tratan el beso como una realidad del *nivel 1* –Thomas, primero, ensaya con el brazo—. En el *nivel 1*, un beso es simplemente el roce de los labios con otra realidad para provocar una sensación. Pero el beso, como signo de amistad y amor, es un gesto en el que toda la persona sale al encuentro del otro para expresarle su acogimiento y cariño. Por tanto, besar es una actividad de nivel superior.

Vada y Thomas hacen el gesto como un experimento, pero sienten que algo inexplicable se remueve en el fondo de su ser que los eleva a un mundo nuevo y desconocido. No encuentran otro modo de celebrar esa sensación propia de un nivel elevado que identificándola con el amor y la fidelidad a la patria y, emocionados, pronuncian el juramento a la bandera y cantan el himno de los Estados Unidos. Después se instala entre ellos un silencio incómodo, porque perciben que ha brotado en su interior un sentimiento indefinible, distinto de su amistad infantil, que les pertenece íntimamente a ambos. Por eso se comprometen a no hablar con nadie de su delicada caricia, y Thomas le pregunta tímidamente “¿Pensarás en mí...?”, a lo que ella responde con la misma indecisión “Quizás...”.

Después de la muerte de Thomas, Vada se siente totalmente desvalida y busca amparo en el profesor. Lo necesita como padre (porque Harry ama a otra mujer y Vada cree que ha dejado de quererla a ella), como amigo (pues Thomas ha muerto), como refugio (está asustada y rota de dolor), y como guía (ya que está desconcertada). A su deseo de sentirse protegida ella le llama “casarse con él”. El choque con la dura realidad del rechazo, que no comprende, le resulta agudamente doloroso.

Un tema de tan hondo calado como la muerte debe ser tratado de modo adecuado a la edad del niño, pero con rigor y profundidad

El padre creía que, por tener la muerte cercana, a Vada le resultaba familiar y no le impresionaba. Pero para quien está descubriendo la vida, su final es la gran incógnita y el gran temor. El adolescente está tan vuelto sobre sí mismo –él mismo constituye el gran enigma que le intriga y le desconcierta–, que todo lo refiere a su persona, como experiencia propia de gozo, esperanza o angustia. Vada desconoce los detalles de la enfermedad de su madre, pero, puesto que falleció a los pocos días de haberla dado a luz, se siente responsable de haber causado esa muerte y carga con el peso de tal culpa. Sin embargo, ese verano, no se culpabiliza de la muerte de su amigo, aunque ésta sí fue motivada por ella. Ciertamente, no por culpa suya, pero sí debido a un gesto de Thomas hacia ella (el de buscar la sortija que había perdido).

Mientras tenía mentalidad de niña solitaria, se imaginaba el cielo como un lugar grato, en el que tendremos “cosas” agradables, y en el que viviremos, por tanto, en una especie de *nivel 1* sublimado. Thomas, que ha crecido en un hogar cálido y acogedor, no se imagina el cielo como un lugar en el que disfrutar –puesto que ya es feliz en su casa–, sino como el cumplimiento de lo que quiere ser en la vida, que es acróbata.

Herida en lo más hondo por la muerte de Thomas, Vada es incapaz de reaccionar y asumir la realidad y mantiene su idea mágica de la muerte y del más allá. Por eso reclama las gafas para el cadáver de su amigo, pues sin ellas no verá. Pero después, ya más serena, entiende que los lazos de amor son indelebles y que el encuentro, si es auténtico, implica amor sincero e incondicional a todo el ámbito de la persona, y se halla abierto al infinito. La persona es una realidad dotada de una dimensión física, tangible, delimitable, y de una dimensión psicoespiritual abierta a horizontes infinitos. La muerte es sólo una transformación de la dimensión humana propia del *nivel 1*, pero la dimensión propia del *nivel 2* –la del encuentro y los vínculos afectivos– permanece más allá de la muerte. El amor sobrevuela la muerte, porque es infinito y no puede ser alterado por los límites del tiempo y el espacio. Entre las distintas personas que se aman se teje, así, una sólida e interminable red afectiva. Vada tranquiliza a la madre de Thomas con la seguridad de que su propia madre, que la sigue queriendo en el cielo, querráq también a su amigo y cuidará de él. De un lugar lleno de las “maravillas” del *nivel 1*, el cielo se ha convertido en un ámbito de amor y encuentro incondicionales, donde se vive, a su vez, una relación igualmente generosa con los seres humanos todavía vivos.

Harry creía erróneamente que, por vivir en un tanatorio, la niña tenía una idea más clara de la muerte que los otros niños de su edad. No reparaba en el hecho de que, para entender y asumir la muerte, no sólo como final de la vida del cuerpo sino en todo lo que significa la doble condición del ser humano –limitado y finito en muchos

aspectos, pero llamado a la infinitud como realización plena de su condición personal, que sólo se alcanza en el amor– no es suficiente ver de cerca la muerte física; es necesaria una experiencia de amor. Sólo el amor incondicional hace inteligible la infinitud y la eternidad.

Vada experimentó el tremendo dolor que supone la separación física de un ser amado, pero la permanencia del sentimiento de amistad sincera que los unía la persuadió de que los vínculos de unión entre las personas que se aman sinceramente son indelebles; la muerte no tiene poder sobre ellos.

Con ello, Vada entendió que el sentido de la vida del hombre radica en el amor, en establecer relaciones afectivas fecundas con las realidades valiosas del entorno, especialmente las personas. Ese descubrimiento la transforma: supera su actitud de niña encerrada en sí misma, acepta de buen grado las posibilidades que le brinda Sherry, tiene amigas, sigue sus estudios, y no olvida a su amigo, que sigue teniendo un lugar privilegiado en su corazón. La imagen de su madre ya no suscita en su interior sombras de duda y remordimiento, sino la confianza de que desde el cielo la ama, la acompaña y vela por ella.

Valoración de la película

La película es una agradable comedia con tintes de drama, que unas veces promueve una sonrisa y otras provoca las lágrimas del espectador.

El tímido despertar del interés de los adolescentes por el otro sexo está tratado con discreción, aludiendo a algunas de sus manifestaciones sin entrar en un análisis riguroso. Es suficiente, sin embargo, para reflexionar con preadolescentes sobre sus propias confusiones e incertidumbres. Implica también una llamada de atención a los padres y educadores en general, que a veces no perciben las zozobras internas que sufren los niños al entrar en la adolescencia, y, en lugar de ayudarles a encontrarse a sí mismos y descubrir el camino de una vida llena de sentido, se irritan ante las locuras propias de la llamada “edad del pavo”. Harry, como muchos padres, sigue considerando a su hija como una niña, cuando ella está sufriendo ya las emociones del primer amor, y da por hecho que lo que a él no le inquieta –la cercanía de la muerte– “no es inquietante”, es decir, proyecta sus vivencias en su hija sin esforzarse por escucharla y comprenderla, ni intentar ponerse en su lugar para hacerse cargo de sus sentimientos e inquietudes. La consecuencia es que Vada carece de apoyo y de referente para hacerse una idea de sí misma, de las relaciones afectivas y de la vida y la muerte.

Finalmente, la historia de Vada Sultenfuss lleva a la conclusión de que los padres deben adelantarse a explicar a los niños los grandes temas que les van a inquietar a partir de la pubertad: la sexualidad, las relaciones humanas, el amor, la muerte, la eternidad... Pero han de ayudarles a que lo entiendan en toda su amplitud, vinculando unas cuestiones con otras. No puede entenderse la muerte si previamente no se ha entendido la unidad de los que se aman, ni la sexualidad si no es enmarcada en las relaciones de amor, ni la eternidad sin conocer el sentido de la vida.

My girl es un buen instrumento para establecer un diálogo esclarecedor y formativo con preadolescentes, y puede también ser útil para reflexionar con padres y educadores sobre el modo de acompañar a los niños en su despertar a la adolescencia.

Sugerencias para la reflexión y el diálogo

- ¿Por qué Vada es tan aprensiva y cree que tiene tantas enfermedades?

Vada es una niña afectivamente muy desatendida. El padre la quiere, sin duda, pero le falta sensibilidad para ponerse en lugar de la niña, esforzarse en ver el mundo con sus ojos y vibrar con sus vacilaciones e inquietudes. La pequeña echa de menos un adulto que la ayude a interpretar sus cambios psíquicos y le dé una información precisa sobre sus cambios físicos. A sus trece años, vive replegada sobre sí misma, sin nadie que la comprenda de verdad y la apoye. Thomas es su gran amigo, pero ella lo ve como un niño inmaduro y no le hace, por ello, confidencias.

En estas condiciones, Vada se ve desbordada por miles de preguntas sobre la vida que nadie le puede contestar. No conoce el origen de la vida, y su propio nacimiento aparece ligado a una muerte y a una carencia esencial, la de su madre. Aunque recibe mucho afecto, tanto de su familia como de su amigo Thomas, no tiene la experiencia de un hogar como lugar de encuentro, en el que se comparten problemas y esperanzas, penas, alegrías e ilusiones. Vada no ha aprendido, en el seno de una familia estructurada, acogedora y solidaria, que el sentido de la vida radica en el amor generoso. Desconocedora del sentido de la vida, tiene un enfermizo temor a la muerte. Cada cadáver en la funeraria es un nuevo motivo de terror para ella. Se considera enferma, no porque se sienta mal, sino porque no está firme en la vida.

Cuando acude a la consulta del médico no finge, no pretende mentir. Ella misma cree que son reales –aun siendo inexistentes– los síntomas que manifiesta al médico. Su malestar es puramente psíquico, es un grito profundo para pedir que

la socorran, que le hagan caso, que le enseñen a vivir. Es la velada petición de ayuda típica de todo adolescente que necesita de alguien que lo comprenda, lo respete, confíe en él y, al mismo tiempo, lo apoye y lo oriente en la vida.

- ***¿Por qué el chico es tan disciplinado respecto de los horarios que le marcan en su casa? ¿Son muy rígidos sus padres?***

Contrariamente a lo que le sucede a Vada, Thomas está muy atendido. La niña contempla sorprendida cómo su madre se ocupa de él. Su casa es un verdadero hogar cálido y acogedor. Los padres han establecido un orden en todo, también en los horarios. No se trata de rigidez ni de normas arbitrarias, sino del afán de crear un ritmo de vida equilibrado y provechoso para el hijo. Thomas no es un niño superprotegido que debe acatar imposiciones ilógicas, pero está controlado y atendido con tanto afecto como firmeza.

El adolescente reclama libertad, pero necesita también seguridad. Precisa ser escuchado, comprendido y querido, pero también espera que lo protejan de sus propios errores. La postura de los padres ha de ser, pues, de una gran cercanía al joven y apertura de espíritu para dialogar con él, pero siempre con las ideas muy claras, con firmeza y coherencia en lo concerniente a los valores.

Vada siente, a veces, que Thomas la traiciona, pero no le molesta que sea feliz; le duele en lo más profundo no tener ella una familia que la arroje, un refugio para sus dudas, un puerto seguro al que acogerse para lanzarse, segura, a los grandes descubrimientos de la vida.

- ***¿Por qué le dice a la madre de Thomas que no se preocupe pues su madre cuidará de él?***

En Shelly, Vada ha encontrado lo que tanto necesitaba: un adulto que con todo cariño la acompañe y la ayude a descubrir la vida. Por primera vez puede disfrutar de un auténtico hogar, y esa nueva experiencia le da seguridad y la ayuda a madurar. Ha aprendido a vivir y, en consecuencia, la muerte deja de ser el arcano amenazador que la atemorizaba. La ausencia de Thomas le duele en el alma, pero cree que se halla en el cielo –un cielo que interpreta ya de modo distinto–, y sigue unido a ella, en esa fecunda red que forman los seres que se aman. Por eso está convencida de que su madre –a la que ya evoca sin temor y con confianza–, a través del cariño a su hija ha de querer también a su amigo Thomas. Como desde el cielo cuida de Vada, allí cuidará también a Thomas.